



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO I.	PUNTOS DE SUSCRICION.	20 de Julio de 1877	PRECIOS DE SUSCRICION.	Núm. 8.º
	<p>Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, núm. 39. Madrid, en las principales librerías. Correspondencia literaria: Sra. D.ª Patrocinio de Biedma, Herrador, 8.</p> <p>No se devuelven los originales que no se utilicen.</p>		<p>En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 . . . 25 » pe-etat: seis meses, 13 id., un año, id. . . 10 » En Cuba y Puerto Rico, trimestre, id. . . 15 » Extranjero y repúblicas americanas, id. . . 15 »</p> <p>Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.</p>	

SUMARIO.

ANDALUCES ILUSTRES.—*Grabado:* Retrato del Excmo. Señor D. José María de Beranger, ex-Ministro de Marina, y biografía del mismo, por LA REDACCION.—Sucesos del día, por A. BORREGO.—Sal y acibar, por J. E. HARTZENBUSCH—°, por ALEJANDRO HARMSSEN.—En el abanico de María Guerrero, por RICARDO SEPÚLVEDA y TEODORO GUERRERO.—A tí, por JOSÉ MORENO CASTELLÓ.—A mi pluma, por CASTO VILAR y GARCIA.—A Patrocinio, por T. C.—Contestacion á T. C., por PATROCINIO.—A la Directora del CÁDIZ, por AMPARO JUSTINIANO.—Tradiciones asturianas, por Jesús PANDO y VALLE.—Literatura extranjera: *Una academia como hay pocas*, por °.—Cuestion importante, por *Un Redactor del CÁDIZ*.—La flor del cementerio, *continuacion*, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Correspondencia del CÁDIZ, por P. DE B.—Noticias.—Anuncios.

ANDALUCES ILUSTRES.

D. JOSÉ M.ª DE BERANGER

EX-MINISTRO DE MARINA.

AL publicar el CÁDIZ el primer retrato de los que han de formar su galería, se honra tributando á la prensa el homenaje de su consideracion, representada en la personalidad de un respetable escritor, y hoy rinde igual tributo á la Armada española en la del dignísimo hijo de Cádiz Don José M. de Beranger, ex-ministro de Marina.

Nada más natural que ofrecer un lugar distinguido al que tan notable lo ocupa en nuestra historia política, y creemos que tanto su ilustre familia como los gaditanos todos, verán con gusto el retrato del que honra á su patria con sus altas dotes de inteligencia y honradez.

D. José M. de Beranger y Ruiz de Apodaca, contra-Almirante y ex-Ministro de Marina, nació en Cádiz en el año de 1824.

Fueron sus padres D. Francisco Beranger y Doña Asuncion Ruiz de Apodaca, de tan ilustre estirpe como de notables virtudes.

A los 13 años figuraba ya como guardiamarina en la Armada española, y á esa edad hizo el viaje á las Antillas, que en peligrosas

navigaciones le detuvieron hasta el año 1847 en que volvió á la Península, empezando en el Mediterráneo su primitivo mando.

Recorrió las costas de Galicia, siendo comandante del bergantin de guerra *Constitucion*, y más tarde encargado de una comision científica salió para Inglaterra, á las inmediatas órdenes del brigadier Llanes.

Terminado aquel honorífico encargo, fué comisionado por el general Armero para inspeccionar la construccion de dos máquinas, contratadas en la fábrica del *Nuevo Vulcano*, en Barcelona, y desempeñó con celo inteligente su cometido.

Fué nombrado despues por el Gobierno agente fiscal del Supremo Tribunal de Guerra y Marina, destino delicadísimo por las dificultades que encierra, y que desempeñó con gran tacto y discrecion. En recompensa de estos servicios el Gobierno le ascendió por eleccion al empleo de capitán de fragata y al poco tiempo obtuvo el mando de la corbeta *Villa de Bilbao*.

Tres años navegó en ella por los mares de Europa y América, y en un horrible huracan, que barrió de barcos la bahía de la Habana, salvó á fuerza de valor y de pericia su buque, que arribó á puerto con ligeras averías, en vez de perderse totalmente, como todos pensaban.

El año de 1855 fué nombrado Beranger primer ayudante del personal del Almirantazgo, permaneciendo en el desempeño de su cargo hasta 1857 que fué elegido comandante de la fragata *Petronila*.

En ella acreditó aún más sus altas dotes de marino, y el general Zabala, apreciándolas en todo su valor, le envió de nuevo á Londres con una importante comision na-



D. JOSÉ M. DE BERANGER, EX-MINISTRO DE MARINA.

val, que necesitaba grandes cualidades de inteligencia y probidad, la cual desempeñó tan bien, que obteniendo para el Tesoro economías considerables, influyó en gran manera en los posteriores contratos de adquisiciones navales hechas por el Gobierno.

Al terminar su misión, tomó el mando de la fragata *Victoria*, con la cual no pudo pasar á los mares del Pacífico por haber invocado la nación inglesa las leyes de neutralidad.

Tomó una parte inteligente y activa en la revolución de Setiembre, y por último, en 1870 fué nombrado Ministro de Marina, desempeñando su cargo, que las circunstancias hacían tan difícil, con el celo, la inteligencia y la lealtad que consignarán los anales de nuestra historia patria.

SUCESOS DEL DIA.

SEÑORA

DOÑA PATROCINO DE BIEDMA.

Mi admirada Directora.

ME ha puesto Vd. en verdadero apuro haciendo pública mi oferta de escribir para su elegante revista una reseña mensual de las luchas que constituyen la vida política de la sociedad.

Semejante tarea pide de suyo toda la libertad de que priva al autor, el que su nombre puesto ó sub-entendido al pie de los artículos lo obligue á una reserva que tiene que ceder en perjuicio de la espontaneidad de sus juicios. Además, yo casi constantemente sólo he escrito en periódicos míos, ó cuando he acudido á la hospitalidad de ajenas publicaciones ha sido para tratar cuestiones especiales, evitando así el compromiso de haber de juzgar partidos y personas que jamás perdonan que se les diga la verdad.

La prensa política inglesa aventaja en esto á la francesa. Nadie sabe de quién son los artículos del *Times*, del *Morning-Post* y demás periódicos *leuders* de la Gran Bretaña, sin que esto quiera decir que no tenga sus ventajas el método francés de firmar los artículos cuando se trata de recomendar una doctrina ó de exponer los procedimientos de una escuela, apoyándolas en la autoridad de un nombre al que la opinión atribuye competencia.

No encontrándonos en el mismo caso respecto á las reseñas que me pide Vd. para su CÁDIZ, habrán éstas de resentirse del inconveniente que he señalado, perdiendo en novedad y franco *allure* lo que no ganarán seguramente con la notoriedad de su procedencia.

Aligerado, pues, de la responsabilidad de que Vd. ni el público encuentren en mis reseñas el interés de que habrán de carecer, séame permitido añadir, á manera de complemento, de lo desventajosamente que sin vocación entro en el oficio que me impone Vd. de su *cronista-revistero*, que es en mi sentir tan anti-lógica y embrollada la situación del mundo político, tan ciega la imprevisión con que están regidos los destinos de nuestra Europa, que por más que procure descartar el dogmatismo y la censura en mis observaciones, las más veces habré de mostrarme en desacuerdo con los derroteros por donde tanto los gobiernos como los partidos están llevando los intereses y el porvenir de las naciones.

Entrando ya de lleno en el asunto y aventurando mi pobre pero deliberado juicio sobre la situación general, creo que la Europa se encuentra en mayor peligro del en que la puso la insaciable ambición de Napoleón I.

El principio fijo, ó si se la quiere llamar así la preocupación que desde el siglo XVI ha sido el dogma común, el inalterado polo de los ga-

binetes, el principio del equilibrio del poder entre las naciones, parece haberse perdido del todo de vista. Combatido, en la persona y en el poder de Carlos V, lo que se llamó aspiración á la monarquía universal, continuó la liga contra la casa de Austria, hasta que abatida ésta en su preponderancia, coligóse Europa contra la supremacía de la Francia de Luis XIV.

El mismo principio de equilibrio y de defensa unió á los Gabinetes y á los pueblos contra la revolución francesa y su glorioso representante, y después de la caída del primer imperio francés pudo creerse que en medio de sus injusticias, la obra del Congreso de Viena daría la seguridad de que no se renovarían en la culta Europa las guerras de conquistas ni las absorciones de territorio; pero desecha, ó por mejor decir inutilizada, la alianza anglo-francesa estipulada en 1831 y que mantuvo la Europa en paz, haciendo prevalecer en ella el ascendiente liberal, la guerra de Crimea puso de manifiesto que por no haber el incontestado ascendiente ejercido durante quince años de los Gabinetes de Londres y de París, resuelto las graves cuestiones que envolvían las situaciones respectivas de Turquía, de Italia y de Alemania, la fuerza de las circunstancias, la naturaleza misma de las cosas traería desenlaces inesperados. Tales fueron el haber quedado á medio arreglar la cuestión de Oriente en el Congreso de París, la guerra de Italia en 1859, la de Austria y Prusia en 1866, y la de Alemania y Francia en 1870. De resultados de la imprevisión y del egoísmo del segundo imperio, la inicua guerra hecha en Dinamarca rompió la alianza de las potencias occidentales, y engrandecida la Prusia sin apoyarse en otro derecho que el de su ambición, su fuerza y su fortuna, no quedaba otro contrapeso á una inteligencia posible y muy de temer entre Alemania y Rusia, que el que podía ofrecer un concierto entre Inglaterra, Francia y Austria. Pero vino á concluir con esta esperanza la insensata guerra de 1870, que consintió la debilidad del Gabinete inglés regido entonces por Mr. Gladstone, gran orador, gran economista, pero en quien no residen las calidades de un Pitt ó de un Palmerston, hombres que habrían impedido el conflicto franco-prusiano, habiendo significado que las armas de Inglaterra estarían contra aquella de las dos potencias que declarase la guerra á la otra.

Vencida y humillada la Francia, en estrecha alianza con Alemania el nuevo reino de Italia, desembarazada Rusia de las obligaciones que le impuso en 1856 el tratado de París, le ha bastado contar con el apoyo del Imperio alemán para dar, como lo ha hecho, á las poblaciones cristianas de la Turquía la señal de insurreccionarse, y ahora se están tocando sus efectos. Lo que no permitieron los Gabinetes á Alejandro I, ni á su hermano el emperador Nicolás, lo que no se consintió hiciera Mehemet-Ali, cuyo ejército victorioso marchaba sobre Constantinopla en 1828, podrá ejecutarlo actualmente la Rusia, sino inmediatamente, dejando tan debilitada á Turquía, que no será posible impedir que los cristianos de Oriente deban á aquella potencia su autonomía, de la que será inevitable consecuencia la próxima alianza de las razas eslavas de Turquía bajo la protección, ya que no bajo la dependencia de la Rusia.

¿Podrá Inglaterra y Austria impedir que tal sea el final resultado de la guerra actual? No hay coalición que actualmente sea posible contra los designios de la Rusia, si Alemania no lo consiente y no es verosímil, que se preste á que un concierto de los demás Gabinetes haga lo que ella sola podrá hacer dejando de prestar su apoyo á la Rusia.

Dedúcese de lo expuesto que sólo existe ya de nombre el principio del equilibrio del poder entre las naciones de nuestro continente,

hallándose en manos de los dos Gabinetes de San Petersburgo y de Berlín una preponderancia manifestada por el hecho mismo del paso del Danubio por los rusos, y que el resultado de la guerra vendrá en mi juicio á acabar de evidenciar.

Me he extendido demasiado para poder dar el espacio que requería un juicio, aunque sólo fuese sumario, de la política interior de las naciones del continente y de la de Inglaterra, y como no he de guardar silencio sobre los asuntos peculiares de nuestra Península, limitaré lo que he de añadir acerca de los exteriores, observando la gravedad de la crisis interior que atraviesa la Francia. Vencida afortunadamente en ella la demagogia y el socialismo, el porvenir parecía deber pertenecer á la democracia conservadora, á cuyo frente se habían colocado hombres de un abolengo monárquico tan notorio como el de Thiers, de Renuzat y de Casimiro Perier. Pero no han consentido en darse por vencidos los legitimistas y los bonapartistas, y han encontrado en el mariscal Mac-Mahon un editor responsable que consiente en correr con ellos el albur de unas elecciones generales, en las que si el sentimiento más general del pueblo francés se halla del lado de la oposición, es innegable son muy grandes los elementos que el influjo del clero y los resortes de la Administración aseguran al Gobierno y á sus aliados.

Bastante creo haber dicho de las cosas de afuera y acerca de las nuestras, su esclarecimiento excedería los límites del resumen de actualidad, al que se limita mi obligación.

Las Cortes se han cerrado y el Rey ha emprendido su anunciado viaje á Asturias y á Galicia. Madrid queda desierto de su personal elegante y á la moda, y las murmuraciones y manejos de que eran teatro el salón de conferencias, los casinos y las tertulias se trasladan á los puertos de mar y á los establecimientos balnearios, no quedando aquí en actividad sino las grandes guardias representadas por los periódicos, cuyo personal tendrá que sacar fuerzas de flaqueza para alimentar el interés de polémicas, á las que va á faltar la sal y pimienta de la referencia á la actitud y á los dichos de personajes ausentes.

Peró la calma, ó por mejor decir, esta suspensión de hostilidades, será de corta duración. Dentro de un mes el Rey estará de regreso y pocos días después son esperados en la Granja los Príncipes que actualmente habitan el *Chateau de Randan*, cuya llegada se cree habrá de coincidir con una eventualidad que no podría menos de influir en el estado actual de cosas, ni dejar de dar un colorido animado á la alta sociedad de la corte.

Interin la eventualidad se realiza ó se aplaza, no necesito decir que tanto los hombres que viven y medran dentro de la situación oficial, como los que se hallan divorciados de ella, calculan sus fuerzas ó las preparan para la próxima lid parlamentaria, cortesana ó electoral. Las oposiciones han dado á conocer al Sr. Cánovas que no son tan temibles como pudo creerse que lo serían al reunirse las Cortes en su primera legislatura. Los constitucionales llegaron á ellas debilitados por las luchas sostenidas en las elecciones. Los disidentes, que actualmente se llaman centralistas, al unirse al Sr. Cánovas para elaborar la Constitución, ó no acertaron á estipular lo que tenían derecho á pedir, ó no estaban seguros de sí mismos, puesto que habiendo obtenido *dos carteras* no se han dado por satisfechos, y de amigos independientes del Gabinete se han convertido en opositores.

Adolece nuestra situación parlamentaria de un grande equívoco.—¿Es el Gabinete la expresión, el representante, el delegado de la mayoría, ó es ésta por el contrario la hechura, el *fiat* de la voluntad ministerial? En esta

concreta pregunta se encierra toda la sustancia de la situación en lo tocante á las relaciones entre el Gobierno y las Cortes. Para los que la resuelvan en el sentido de hallarse el temple electoral del país en condiciones de haber enviado y de estar enviando á las Cortes hombres que sepan ellos y el país á lo que van, el Sr. Cánovas debe hallarse perfectamente justificado en no hacer gran caso de lo que le dicen las oposiciones; pero si la alternativa que he formulado se contesta en sentido opuesto, las oposiciones, aún teniendo razón, estarían en el caso de emplear medios morales para que la opinión del país venga en su apoyo.

La gran batalla política que hay que dar en España es la de ganar pacíficamente y por medios morales unas elecciones generales de los candidatos apoyados por la administración.

Si se dice que esto no es posible, responderé que el milagro supo hacerse dos veces en nuestros días.

Sin el estudio de su propia historia no se forman las costumbres cívicas de ningún país.

A. B.

Madrid 17 de Julio.

SAL Y ACIBAR. (1)

APÓLOGO.

Una hornera, como un sielo,
De voluntad nada corta,
Quiso hacer una gran torta
De mazapan á su abuelo.

Hizola; vióla esconder
Un ches (su hijo) en lugar
Donde la pudo pillar,
Y huyó sin dejarse ver.

Ya en el campo, se atracó
Del grande regalo y rico,
Tan grande, que al fin el chico
Dejó un trozo, que le hartó.

Lleno el costal, criaturas,
Sean ó no valencianas,
Entran á veces en ganas,
Tras una, de cien diabluras.

Guardar el dulce al trastuelo
Costábale ya embarazo:—
Va y desmenuza el pedazo,
Y echa las migas al suelo.

Allí, reparando en todo,
Cercano á tanta minucia,
Un charco vió de agua sucia,
Barrizal, balsa de lodo.

Inspiróle al perillan
El diablo en aquel instante
Pegar en barro el sobrante,
Desmigado mazapan.

Y poco á poco formando
Fué, y poniendo en las orillas,
Raciones de albondiguillas
De aquel amasijo blando.

Y en cada bola incrustaba
Con sosiego concienzudo,
Del dulce aún lo más menudo,
Que del piso verde alzaba.

Estando ya casi entera
De bolas la coleccion,
Asoma de sopetón
Mara, mamá, la dulcera.

La golosa travesura
No era posible ocultar,
Patente el fino manjar,
Claveteado en basura.

Entre grita y repelones
La madre al hijo arremete,
Y al pobre, en un periquete,
Le echa abajo los calzones.

(1) Esta poesía ha sido corregida para el Cádiz por su ilustrado autor, que ya no puede escribir, según ha dicho hace poco en la prensa, con pena de todos sus admiradores. Á la amistad y cariño con que nos honra, debemos esta deferencia, de que el Cádiz se enorgullece, y esperamos que no será la última prueba que nos dé de su afecto.

P. DE B.

Y, tiernas las maternas
Manos para golpear,
Sirvió de azote un collar,
Largo y triple, de corales.

Con el cual fué la azotaina
Tan cumplida de rigor,
Que os ajásteis de dolor,
¡Pámpanos de Concentaina!

Y dijo la hornera hermosa,
Retirándose iracunda:
«No es por el robo la tunda;
Pero ¡mi dulce entre brosa!...»

Era para enfurecer,
No digo á la hornera, á un santo,
Mazapan tan bueno y tanto
Verlo así echado á perder.

Culpa y castigo adherente
Célebres fueron un día
En tierra de Andalucía,
No en Valencia solamente.

Sintió España, en burla y véras,
Mal del pueril gatuperio;
Del collar el ministerio
Sonó alabado en playeras.

Hubo corro literario
En que dió el lance ocasion
A disertar en cuestion
De Arte, á la Moral contrario.

Andaluz hubo también
Que extendió el caso en comedia
En su pueblo, tres y media
Legüecitas de Jaén.

Aquel autor se propuso
Probar con fibra elocuente
Ser el Arte indiferente,
Y que el riesgo está en el uso.

(Uso del Arte, quería
Decir; Arte hay puro y sano:
Pide la aguja una mano,
Y otra mano la gumiá.)

«Yo por eso, dijo el tal,
Según se me alcanza á mí,
Defiendo el Arte por sí,
Defendiendo la Moral.

»Yo de falacias ajeno,
Pregunto á cualquier vecino:
«¿Quieres ponzoña en el vino?
En pan, ¿quisieras veneno?»

—«Tal pregunta es disparate,
Se me contesta en seguida:
Sana quiero la comida,
No con adobo que mate.»

»Vulgar oficio casero
Cumple con doble deber:
Moral y hábil sabe ser
El arte del cocinero.

»Esto que se ve y se toca,
Dispensa de otro argüir:
Sagrado es lo que ha de ir
Á la vida por la boca.

»El propio respeto exacto
Merece cada sentido:
La vista como el oído,
El gusto, olfateo y tacto.

»Teniendo, pues, tal defensa
La humana vida animal,
¿No habrá de obtenerla igual
La noble parte que piensa?

»Perdónese el que no entre
Doctrina en un cuentecillo
Que agrade: gusta un barquillo,
Sin bien ni daño del vientre.

»Mas nadie, simplon ó infiel,
Lo que hay más sagrado vicie.
¡Si hay quien esto maleficie...
—Sartas de coral en él!

»La comedia de Menjibar,
Dice, sin mención de parte:
¿Vician el uso del Arte?
Arte en contra: *sal y acibar.*»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Madrid: 1877.

Cuando el húmedo cáliz abren las flores,
Yo me despierto, niña de mis amores,
Pensando en tí.

Cuando espira la tarde, y en Occidente
Su corona de rayos el sol ardiente
Hunde en el mar;
Cuando el primer lucero su luz envía,
Halla los pensamientos del alma mía
Donde tú estás.

En mi vida, la noche son tus enojos;
El día, la inefable luz de tus ojos;
Eres mi sol.
En sueños y velando, do quier te encuentro;
Y es que te llevo, niña, te llevo dentro
Del corazón!

ALEJANDRO HARMSSEN.

Alicante: 1877.

EN EL ABANICO
DE MARÍA GUERRERO.

I.

Tu padre, con gran valor,
Quiso un *Pleito* sostener
Del matrimonio á favor,
Y yo se lo hice perder
Porque olvidó lo mejor.
Díle que, más acertado,
Pudo haberme derrotado,
De seguro, en un momento,
Si te hubiera presentado
Como el mejor argumento.

RICARDO SEPÚLVEDA.

Madrid: 1877.

II.

Tiendes el vuelo, hija mía,
Para lanzarte en el mundo;
Mas ten presente, María,
Que en el mundo, sin falsía,
No hay más que un amor profundo.
Al sentir, como mujer,
Consulta siempre á tu madre,
Y ella te hará comprender
Que nadie te ha de querer
Como te quiere tu padre.

TEODORO GUERRERO.

Madrid: 1877.

A TÍ.

SONETO.

Lo negro de la noche está en tus ojos,
El color de la aurora en tu mejilla
Y la blancura que en tu frente brilla
Aun á la misma nieve diera enojos.

Si del puro carmin sientes antojos,
Mira tu labio que al mejor humilla
Y que guarda tras sí con fé sencilla
La rica perla en pabellones rojos.

No envidies en el mundo la hermosura
Y guarda con amor la virtud santa
Que presta galas á tu frente pura.

Adios: dá tu perdón al que te canta,
Por que llegó á soñar en su locura
Que era dable pintar belleza tanta!

José MORENO CASTELLÓ.

Jaén: 1877.

A MI PLUMA.

SONETO.

Ven, dulce compañera de mi vida,
Acude á dar consuelo á mi amargura,
Tú que fuiste mi amiga en la ventura
Ora vierte tu bálsamo en mi herida.

Tú no me engañas, no, pluma querida,
Y siempre compartiste con ternura
El placer ó la triste desventura
Del ánima feliz ó dolorida.

Cuando nuestro á los hombres un suspiro
Del hondo duelo que mi pecho abrumba,
Fingida compasion de cerca miro;

Despues huyen y rien. Mas tú, ¡oh pluma!
Más amiga que el hombre, no me dejas,
Trozo sin alma, y de mi mal te quejas.

CASTO VILAR Y GARCÍA.

Sevilla: 1877.

A PATROCINIO.

Amable Directora
De esta revista
Tan llena de primores,
Tan bien escrita,
Que el mundo entero
La admira, como prueba
De tu talento:
Contéstame en el CÁDIZ
Á una pregunta,
Que es tan grave, tan seria
Como profunda...
Tú sola puedes
Aclarar estas dudas
Que mi alma siente:
Dicen que hay corazones
Puros y grandes,
Que dan, cuanto reciben,
Como los mares...
Dicen que hay otros
Que sienten, egoistas,
Para sí solos!...
Que hay amores que saltan
Como el torrente
Sobre cuanto á su paso
Ponerse quiere...
Y otros, cobardes,
Retroceden, vacilan,
Dudan, y caen...
Que hay almas, que vivieron
Adormecidas,
Sin sentir las pasiones
Que el mundo brinda;
Y otras despiertan,
Y para más ventura,
Despiertas sueñan!...
Y por último, dicen
Que si halla un alma
Al despertar, tesoros
De luz sagrada...
Si se le entrega
De otra alma la ternura
Cual rica ofrenda;
En vano ante ella surgen
Hondos abismos,
Ó muros colosales
Alza el destino...
Todo lo olvida...
Y rompiendo sus lazos
Vuela á la dicha!...
Esto dicen: de cierto
Saber quisiera
Qué piensas, Patrocinio,
De este dilema...
Si amar es sueño,
Ó verdad que ilumina
Nuestro desierto!...
Acudo á ti entre todos
Esos poetas
Que dicen, sin sentirlos,
Cosas tan bellas,
Por que tú tienes
Alma tierna y sensible;
Corazon fuerte;
Talento sin segundo;
Ciencia cumplida;
Alma, quizás despierta,
Quizás dormida;
Valor y genio,
Y varonil alcance
Tu pensamiento!
Lo que del caso opines
Dí, Patrocinio,
Y servirá de regla
Sobre lo dicho:
¿Amor existe?
Dime lo que tú piensas,
Talento insigne!...

T. C.

Cádiz, Julio: 1877.

CONTESTACION.

A. T. C.

Incógnito discreto:
Tu poesia,
Al honrar las columnas
De mi revista,
Tanto me ensalza
Que confusa no acierto
Ni á darte gracias!...
¿Qué es amor, me preguntas,
Gloria ó infierno,
Sombra ó luz, vida ó muerte,
Verdad ó sueño?...
¿Niebla que pasa,
Ó sol, que vivifica
Con ignea llama?...
Si contestar pudiera
Tales preguntas,
Porque mi pensamiento
Sobre sus dudas
Fuerte se alzase,
Como sobre las nubes
Se alzan las aves:
Acaso te dijera,
Discreto amigo,
Que así como se funden
En el vacío,
Formando auroras
Indecisos reflejos
Y vagas sombras;
Así en el pensamiento
Verdad y duda,
Temores y esperanzas,
Descanso y lucha;
Se unen y mezclan,
Lo indeciso formando
Que nos inquieta.
Quién sabe, quién pudiera
Decir de cierto,
Do la verdad acaba
Y empieza el sueño?...
¿Sueños!... Verdades!...
Análisis no tienen
Cosas tan grandes!...
Entre esas nebulosas
Sombras que pasan,
Una verdad se muestra
Faro del alma:
Verdad que dice
Que el amor no es quimera,
Que amor existe!...
Existe, cual las flores
Sobre la tierra:
Alegra nuestra vida,
Cual las estrellas
La oscura noche,
En que la sombra envuelve
Los horizontes.
Lo que no sé decirte,
Por que no puedo
Juzgar en uno solo
Los sentimientos,
Es cuando debe
Ser arroyo tranquilo,
Mar ó torrente!...
Mas, para darle encanto,
Para que pueda
Vivir con vida propia,
Con luz eterna,
Es necesario
Que el ser á quien se ofrece
Sepa apreciarlo...
Cuida, pues, tus amores
Llevar á un alma
Que como altar te ofrezca
Su fé sagrada...
Despues no temas...
¿Qué importa esté dormida
Ó esté despierta?...

PATROCINIO.

SEÑORA DIRECTORA DEL «CÁDIZ.»

SONETO.

Mándame, Patrocinio esclarecida,
Tu ilustrado periódico al momento,
Pues, tanto afán de recibirlo siento,
Como es su fama justa y merecida.

Bajo tu direccion sabia, entendida
Se eleva á lo ideal del sentimiento;
Y entraña un importante pensamiento
En su lectura amena y escogida.
Dirígelo á tu casa, calle Beatos
antes, y hoy Duque de Cornejo doce;
La que te ofrezco y mi amistad constante:
Soy formal en mis dichos y en mis tratos,
Y de su adquisicion siendo en el goce
su valor (que no sé) daré al instante.

AMPARO JUSTINIANO Y ARRIBAS.

Sevilla: 1877.

TRADICIONES ASTURIANAS.

LA FUENTE DE LAS XANAS.

NINGUN pueblo, por ilustrado que sea, deja de tener infinitas supersticiones, que son tanto mayores, cuanto más es la sencillez de sus habitantes y ménos sus conocimientos científicos y filosóficos.

Los aldeanos de la península escandinava, los noruegos, los holandeses, los alemanes, y rusos próximos á las regiones del helado mar Glacial, son de los más dados á los cuentos fantásticos y á la creacion de seres imaginarios, que segun ellos pueblan el espacio é influyen poderosamente en los destinos del hombre; seres que han inspirado las más sentidas y delicadas canciones populares.

No obstante tambien los moradores de la fértil y pintoresca España, de la industrial y activa Francia, de la monumental Italia, y de la clásica Grecia en las comarcas rurales, muy especialmente hácia el Norte, tienen aquellas preocupaciones que parecen originarias de la mitología.

De esto hay una palpable prueba en el antiguo Principado de Asturias, baluarte inexpugnable para la invasion agarena, que ocasionaron los desgraciados é impúdicos deseos amorosos del tristemente célebre Rey godo D. Rodrigo.

Las Xanas, moradoras de las fuentes tranquilas y deliciosas, que brotan del áspero peñasco en la frondosa enramada, ó del arroyuelo, que besando las silvestres flores y resbalando por entre las guijas y menudas arenas, va á morir entre las ondas del cantábrico mar, tienen todos los caracteres de las náyades y las ninfas de las religiosas leyendas de los griegos, y son los seres que brotaron de la imaginacion de los muy nobles astures.

Como testimonio de esto, vamos á poner en conocimiento de nuestros lectores, lo que no hace mucho hemos oido de boca de un anciano, en ocasion en que visitábamos la fuente llamada de *Foncaleyu*.

Al lado de frondosa arboleda, situada sobre una alta colina, de la cual como raudal de plata se despeña linda cascada, cuyas aguas serpenteando por entre inojo, violetas, lirios y otra multitud de flores y arbustos aromáticos, van á confundirse con las de la ría de Villaviciosa, en la provincia de Oviedo, está situada la airosa y solitaria hermita de *Foncaleyu*, de no muy remota antigüedad, pero en cuyo sitio, segun la tradicion, existió en tiempos pasados otra que amparó del rigor de las tempestades y de la ferocidad de los lobos, al monje Simon, del que nos hemos ocupado en uno de nuestros libros. (1)

Junto á la capilla se encuentra una pequeña y derruida casa que albergó hace más de setenta años á un pobre emigrado francés, que cuando la memorable revolucion de 1789, cruzando los riscos y escarpados senderos de los Pirineos, vino á rendir culto á Dios en aquella apartada soledad: y no muy léjos de

(1) *Pequeños Poemas*. Obra publicada por el autor en 1876.

uno y otro edificio se halla la misteriosa y encantada fuente de las *Xanas*, de la que el vulgo cuenta misterios tales, que nosotros, movidos de la curiosidad, hemos querido verla y averiguar la verdad de lo que de boca en boca corre desde luengos años.

Para satisfacer la curiosidad hemos ido á *Foncaleyu*, y con el correspondiente permiso de persona autorizada, entramos en las ruinas, que no otra cosa pueden llamarse de la que fué casa, miramos, examinamos, revolvimos y nada de particular encontramos, á no ser alguno que otro murciélago, que aturrido de vernos en sus oscuras guaridas, revoloteaba sobre nuestras cabezas.

Fuimos despues á la fuente en la cual, aparte de su pintoresca situacion, nada de extraño encontramos.

Descansamos un rato, y habiéndonos distraído contemplando el hermoso cuadro que ante la vista se presentaba, nos sacó del éxtasis un viejo aldeano que conducía un rebaño de vacas y carneros á la fuente; demostraba en su aspecto franqueza é inteligencia, y así era: entablamos con él conversacion, le gustó la nuestra, y así que bebieron sus ganados, nos invitó á tomar una taza de leche en su compañía.

Agradecemos en el alma la oferta, pues sentíamos ya desfallecimiento, y contestándole afirmativamente emprendimos con él la marcha.

Durante ésta, salió como era de esperar lo de las *Xanas*, y nosotros que anhelábamos encontrar quien nos pusiera al corriente de algo que hubiera visto ú oído de esos misteriosos seres, le preguntamos con afán, si habia advertido alguna vez en la fuente la presencia de ellos.

El viejo, aunque inteligente, era hablador y supersticioso, y á poco rato de entablar conversacion, con un lenguaje extraño á su clase y condiciones, narró lo que vamos á contar á nuestros lectores.

Siempre, dijo, como hacía las doce de la noche, se vé rodeada la fuente de luces de todos los colores, formando una fantástica iluminación; si entónces se acerca alguna persona, aunque sea á cien varas de distancia, se desmaya por el fuerte olor que percibe. Durante media hora brillan las luces, y grandes pájaros de inmensas alas salen del centro de la fuente; luégo en confuso tropel, y corriendo unos tras otros, se presentan multitud de animaluchos, de formas diversas y extrañas que provistos de toda clase de instrumentos, lanzan al aire melodiosos acordes.

Por fin, una refulgente aureola de color de rosa, forma un círculo en derredor de la fuente, como de veinte varas, y en el centro de él aparecen vestidas de tenues y blancas túnicas salpicadas de flores verdes las *Xanas*, cuyo aspecto decia el viejo ser encantador. Blancas, tan blancas como los ampos de la nieve, sus azules ojos como el cielo en una tarde serena, contrastan admirablemente con sus finísimos labios, pequeñas flores de granado que en su interior guardan las codiciadas perlas, y todo su aspecto parece ser de serafines bajados del empireo.

Apénas las *Xanas* asoman, tiernos ruiseñores y alegres alondras gorjean admirablemente y se aspira delicado aroma, así como de magnolia y azar que hace experimentar sensaciones extrañas. Ellas se sonrien entre sí, pero de su boca jamás se escuchan palabras inteligibles, á no ser cuando dirigen severas reconvenciones á los que pretenden desentrañar el misterio de su vida.

Si en alguna ocasion, atrevido galán ó incauta doncella, en medio de su curiosidad, despues de repetir y escuchar las frases más amorosas, ántes de retirarse al lecho para descansar, salen á observar los misteriosos seres, un sello se pone á sus labios porque enmude-

cen y una venda á sus ojos porque ciegan; por eso ningun soltero se acerca despues de las doce de la noche á la fuente de *Foncaleyu*.

De día en muy pocas ocasiones se presentan las *Xanas*; sólo cuando una furiosa tempestad se desencadena, las ve mecerse sobre las nubes aquel cuya muerte está cercana.

Tambien suele notar su presencia la aldea que desobedeciendo á su marido y abandonando sus hijos, se entrega á placeres impropios de su estado; entónces y sólo entónces pronuncian palabras que se entienden, pues aunque no se las vea se las oye cantar:

Labradora, labradora,
Deja la pradera
Que tu hijo llora
Y tu esposo te espera.

Si en el acto no son obedecidas sus órdenes, las contraventoras sufren horribles convulsiones, pierden el conocimiento y caen exámines, causa por la cual ninguna hasta ahora supo dar noticia cierta, acerca de lo que pasa.

Cuando llegaba aquí el relato del anciano, que estaba tan entusiasmado contando, como nosotros escuchándole, nos sacó de tan grata tarea la campana de la aldea cercana, que indicaba que eran las doce, y por consiguiente la hora de comer.

Apercibidos de esto, suspendimos, no sin el propósito de reanudar la interrumpida conversacion cuando Dios quiera.

JESUS PANDO Y VALLE.

LITERATURA EXTRANJERA.

UNA ACADEMIA COMO HAY POCAS.

(TRADUCCION DEL INGLÉS.)

Existia en Amedan (Persia) una singular y celebrada Academia denominada de los Taciturnos, en cuyo reglamento se leía como primer artículo lo siguiente: *Los académicos es preciso que piensen mucho, escriban poco y hablen lo ménos posible.*

No habia un sabio que no deseara ser miembro de la Academia; y ni uno solo dejaba de poner en juego todos sus recursos para conseguirlo: pero el número de académicos estaba determinado que no pasara de 100. El sabio Doctor Zeb, que vivia retirado lejos de Amedan, en el interior del país, autor de una estimable aunque pequeña obra, denominada *La Mordaza*, tuvo noticia de una vacante ocurrida, é inmediatamente se puso en camino; llegado á la puerta del edificio en el que estaban reunidos los académicos, rogó al conserje hiciera llegar á manos del presidente el siguiente lacónico billete: *El Doctor Zeb, solicita humildemente plaza vacante.* El conserje cumplió en el acto con su encargo, pero el Doctor y su billete llegaban demasiado tarde: la plaza vacante habia sido ya cubierta.

Los miembros de la Academia se disgustaron mucho con este desgraciado accidente, porque todos estimaban mucho al Doctor: pero se habian visto obligados, contra toda su voluntad, á admitir en su seno á un jóven de la corte, cuya elocuencia brillante, aunque ligera é impertinente y algo mordaz, hacia las delicias de los círculos más elevados y más de moda; y tuvieron la penosa necesidad de excluir al Doctor Zeb, pesadilla de los charlatanes, y hombre de talento y profundos conocimientos. Al presidente correspondia comunicar tan desagradable noticia al demandante, y estaba sumamente perplejo para desempeñar su comision, por no encontrar medio hábil de hacerlo sin pronunciar una palabra como era su deseo. Despues de haber meditado sobre el asunto, ordenó que se pusiera sobre su mesa una copa llena de agua de tal modo, que una sola gota añadida hiciera derramar el

líquido; y hecho ésto mandó entrar al petionario.

El Doctor Zeb entró en la sala con aquella modestia é interesante aspecto, que acompaña de ordinario al verdadero mérito: el presidente se levantó, y sin desplegar sus labios, le indicó con aspecto triste la copa llena de agua. El Doctor comprendió al momento la indicacion; pero lejos de desanimarse, se propuso demostrar de la manera más ingeniosa que podian admitirlo como supernumerario: cogió una hoja de rosa que estaba en el suelo, y la colocó sobre el agua de la copa tan delicadamente, que ni una sola gota se derramó.

Tan singular y extraña manera de replicar produjo tal entusiasmo, que la Asamblea unánime prorumpió en estrepitosos aplausos; y olvidándose por completo del reglamento, se decretó la inmediata admision del Doctor en clase de supernumerario por unanimidad de votos.

El libro registro de la Academia, en el que cada socio nuevamente admitido debía inscribir su nombre, fué llevado al Doctor Zeb, quien despues de escribirlo debía tambien, segun uso en tales casos, dar gracias á la Asamblea en un lacónico discurso. Pero como verdadero Académico Taciturno, el Doctor cumplió este deber para con sus compañeros de la manera más original, y sin proferir una sola palabra: en el margen del libro escribió el número ciento, que era como ya hemos dicho, el de sus colegas; y añadiendo un cero á la izquierda en esta forma: 0100, puso por debajo *Valen lo mismo que valian.* El entusiasmo rayó en locura tan pronto como se tuvo conocimiento del hecho. Pero el presidente contestó al modesto Doctor con no ménos singular talento y cortesía: puso la cifra uno á la derecha del número ántes escrito, del modo siguiente: 01001, escribiendo á continuacion: *Valemos diez veces más que valiamos.*

CUESTION IMPORTANTE.

LA Sociedad de AMIGOS DEL PAÍS de Cádiz ha emitido su informe favorable sobre el servicio militar obligatorio; los periódicos de la plaza han consagrado á este asunto discretos artículos, y aunque la índole especial del nuestro no nos permite seguir paso á paso cuestion de tan vital interés para todas las clases, algo hemos de decir acerca de ello, ya que se trata de lo que puede redundar en bien de nuestra patria, siendo como es un paso más en la senda del progreso ilustrado por donde marchan la mayor parte de las naciones europeas, no á saltos como el célebre caballo de que nos habla Homero, sino lentamente, como quien va arrastrando hácia la luz las sombras de tantos siglos como se han sucedido en el mundo.

Las naciones más cultas, aquellas en que el pensamiento se eleva hasta tocar los límites, al parecer, de la ciencia humana; las que difunden como principio de vida los conocimientos que ilustran al hombre, han comprendido la necesidad de que los ejércitos representen la parte más distinguida de la sociedad, cumpliendo así las aspiraciones de la época presente, que á pesar de sus defectos tiene el decidido empeño de alcanzar la mayor perfeccion práctica posible en todas las diversas partes de ese conjunto armónico que llamamos vida.

Los principios egoistas que se representaban en el feudalismo, del cual nacieron todos los ejércitos permanentes, no puede aplicarse á la época actual; el egoismo de las clases acomodadas, desde el principio del siglo pasado, hizo que los ejércitos se compusieran casi en

su totalidad de las clases proletarias, y algo peor aún: en nuestra nación, especialmente, se consideraba y considera como una desgracia el servir á la patria, "primer deber del ciudadano," segun aseguran las Constituciones que como leyes hemos respetado desde principios del siglo.

Causa de este horror es la irritante diferencia que establece el dinero excusando del cumplimiento de ese deber al que puede facilitar-lo, y obligando al que carece de él.

Y el resultado de esta diferencia es lamentable para el ejército y la nación.

Los hijos de familias acomodadas, los que han podido recibir una educacion medianamente ilustrada siquiera, al facilitar la suma que la ley exige quedan exentos de ese deber, y como hoy los ejércitos no pueden ser máquinas, y desde el cabo, primer escalon de la gerarquía militar, hasta el general, necesitan una suma de conocimientos periciales que en otras épocas no eran precisos, puesto que no existian las necesidades de hoy, en que hasta el fusil aguja, llámese Dreyse, Chassepot, Remington ó Snmeider necesitan para su manejo instruccion, resulta claro y visible el vacío que dejan esas clases, aparte de la irritante desigualdad moral que ello revela, germen la mayor parte de las veces de vacilaciones y descontentos.

Nuestra nacion que, desprendiéndose á tiempo de la mano de hierro de ese gigante que llamamos *Feudalismo*, supo colocarse á la cabeza de las naciones civilizadas, ha perdido su poderío desangrada por luchas intestinas, y agitada á cada paso por las convulsiones políticas, especie de fiebre que desgasta todas las fuerzas vitales y morales de un pueblo.

La reaccion, como sucede siempre, va iniciándose al fin, y como debía suceder para que diese beneficiosos frutos, se inicia en primer lugar en esos centros, con razon llamados protectores, que agrupan en una esfera de accion desinteresada y patriótica la parte sana, productora de una provincia.

Las ligas de contribuyentes, los *Amigos del País* y sociedades análogas, se han impuesto el patriótico deber de velar por los sagrados intereses de los pueblos, y en tal sentido la *Sociedad gaditana de Amigos del País*, estudiando las necesidades de éste, y queriendo elevarle al nivel de las demás naciones civilizadas, ha escrito un razonado informe en que se pide la instruccion y el servicio militar obligatorio, como medida equitativa, justa y natural que ha de producir brillantes resultados, ampliando la instruccion con la gimnasia, ejercicio tan necesario como útil, no sólo para la milicia, sino para el desarrollo y salud del cuerpo humano.

Después de las justificadas razones aducidas por la comision permanente, para tomar este acuerdo, nada pudiéramos decir que hablase más alto en favor de esa idea, la cual tiene nuestra aprobacion, y nos limitaremos á recordar un sucedido. Hallándose en Prusia el coronel Baron Stoffell, como agregado militar de la embajada francesa (antes de la campaña franco-alemana), acompañó al hoy Canciller del Imperio alemán, Príncipe de Bismarck á una excursion por el interior.

Al llegar á una pequeña aldea, Mr. Bismarck pasó á visitar al maestro de escuela, y como se asombrara el Baron Stoffell, le contestó el Príncipe: "Se dice que el fusil aguja nos ha ganado la campaña de Bohemia: no es cierto: quien nos la han ganado realmente han sido estos señores."

La instruccion, general en todos, por ser obligatoria, fué á la verdad la que ganó la campaña de Bohemia, y más tarde la franco-alemana: á conseguir las ventajas de esa instruccion deben dirigirse todos los esfuerzos, desterrando privilegios onerosos y sensibles, que repugnan por lo injusto, y llevan al áni-

mo de las clases ménos favorecidas por la fortuna el desaliento y el disgusto constante, que es un eterno germen de inquietudes, y creemos que apoyando esta idea y pidiendo su inmediato planteamiento al Gobierno de S. M., se hace un gran bien á España, pues se la prepara una nueva era de engrandecimiento y de calma.

Esperamos que todos los españoles secunden la humanitaria idea de la *Sociedad gaditana de Amigos del País*, por la cual la felicitamos, para que deshaciéndose al calor de generosos esfuerzos, el hielo egoista que pesa sobre las clases necesitadas, se nivelen entre todos deberes y derechos, y sepa el ciudadano, pobre ó rico, que su vida es de su patria, y que no puede, á ningun precio, negarle su sangre.

UN REDACTOR DEL CÁDIZ.

LA FLOR DEL CEMENTERIO.

(CONTINUACION.)

—No entiendo tus elegantes metáforas...
—Pues yo entiendo perfectísimamente tus celos.
—Celos yo!... Tú estás loco!
—Puede que sí! Pero los locos y los niños, ya sabes que dicen la verdad.

—Celos, de quién?
—Celos de todo, querido mio: de los aplausos á Eugenia, de tu ausencia, que se yo... los celos no tienen razon de ser y no se explican.

—Te engañas: yo no los tengo: pero veo algo triste, algo sombrío en el porvenir: me he acostumbrado á mirar á Eugenia como mia, y te confieso que no podría vivir sin ella.
—No tienes motivo para temerlo.

—Qué quieres!... Hay algo de emancipacion en la artista, y Eugenia va á serlo.

—Mi querido Ricardo, discurre como nuestros quintos abuelos: cuál es esa emancipacion, ¿el que Eugenia gane honradamente lo que necesita?... Pero vuelvo á decirte, ¿qué ha de hacer, si esta no es la edad de oro, ni la de plata, ni la de cobre siquiera, y cada uno ha de pagar prosáicamente lo que come y las ropas con que se cubre?...

Dónde está esa Arcadia venturosa en que corren arroyuelos de leche, y se ocultan los panales de miel en las rocas, ó dónde hace Dios caer el maná prodigioso, que se recoge de balde?... Dínoslo, y habrás descubierto la piedra filosofal!...

—Eres el mismo de siempre, y con tu informalidad es imposible entenderse.

—Pero ven acá, jesuita incorregible, que con tu risita solapada lo arreglas todo, me niegas los celos, y me niegas el egoismo, ¿entonces qué diablos sientes en Eugenia?

—Qué siento? Su indiferencia, que la hace ser feliz por sí sola, sin pensar en que yo estoy lejos de su lado; su triunfo que la aleja de mí, porque es imposible vivir para un hombre cuando se vive para la sociedad!...

—Género sublime, pero que ya no sirve... Ser queridos por una mujer célebre, debe ser una felicidad!...

—Sí, pero falta saber si la mujer célebre quiere!...

Algunos dias después de el en que tenía lugar esta conversacion, Eugenia recibia una carta del gallardo oficial en que le daba la enhorabuena, con cariño pero sin entusiasmo: «ten cuidado, la decia, has dado el primer paso en una senda que te aleja de mí; si quieres hallarme siempre á tu lado, no camines por ella demasiado aprisa.» Y nuestra pintora que todo lo veia á través de sus sueños de gloria, casi se ofendió de lo que creia frialdad, y pensó con tristeza en la soledad que la rodeaba.

—A Luisa le es indiferente, murmuraba con pena, á Ricardo parece molestarle... pues, bien, adelante! Seguiré sola, y que se cumpla la voluntad de Dios!...

CAPÍTULO IX.

Rosas y espinas.

Nada más natural que el deseo de lucir en su salon un dueño de casa á una notabilidad, sea en el género que quiera.

La vanidad humana se alimenta con todas esas pequeñeces, que nada son analizadas, pero que bastan á satisfacer el orgullo del momento.

Julia Montes formó un decidido empeño en llevar á Eugenia á sus reuniones, cuyo *fashionable confort* ya conocen nuestros lectores, y se valió para conseguirlo de su ascendiente sobre Luisa.

—Vaya Vd. esta noche á mi casa, decia Julia á Lutgardo en la Alameda, donde paseaba con Luisa, le guardo una sorpresa...

—A mí no me sorprende nada, contestaba con su acostumbrado desden Lutgardo.

—Pues de seguro le vá á sorprender...

—Qué es ello?

—No puedo decirlo...

—Bah! alguna tontería, contestó con donaire el galante pavo real, que sólo por serlo se creia disculpado de cumplimientos.

—Ya verá como no lo es, contestó sin ofenderse Julia.

—Iré, porque no tengo nada que hacer, contestó acreciendo en gallardo desenfado Lutgardo.

Julia se encogió de hombros como si se confesase á sí misma que con su hermoso amigo no habia más que tener paciencia, y se volvió hácia Luisa:

—Qué tienes? la preguntó: esta tarde no hablas ni una palabra.

—Estoy cansada; me duele el pecho y la cabeza.

—Hija, te estás volviendo más melindrosa que una monja! Vámonos si quieres.

—No.

—Pero no dices que estás mala?

—Si desde que lo dice fuera verdad, interrumpió bruscamente Lutgardo, hace tiempo que se hubiera muerto!

—No tardaré mucho, contestó con lágrimas en los ojos Luisa, conteniendo con su pañuelo un acceso de tos.

—Jesús! Qué cosas tiene este Lutgardo, dijo Julia sin conmoverse ni alterarse; vámonos, añadió, de todos modos yo tengo mucho que hacer.

Despidiéronse de Lutgardo, el cual se quedó fumando tranquilamente, en tanto que las miraba alejarse.

La figura débil y enfermiza de Luisa parecia aún más escuálida junto al redondo abdómen de la pequeña y morena Julia, y Lutgardo al contemplar el contraste se echó á reir:—lástima, dijo, que pertenezcan al sexo de las faldas! De otro modo, eran un retrato vivo de D. Quijote y Sancho Panza!...

Algunas horas despues, Julia, que por excepcion notable habia suprimido el rizo de la frente, estaba radiante de orgullo sentada en el sofá de su pequeño salon, teniendo á su lado á Eugenia de Ochoa, que miraba con curiosidad la abigarrada sociedad que formaba el *beau monde* de Julia.

Vestia de negro, sencillísimamente peinada, y sin más joyas que un medallón de oro liso pendiente de una cinta roja que rodeaba su cuello: un clavel del mismo color se ocultaba entre sus cabellos negros, y con él armonizaban sus encendidos labios, frescos y sonrientes, como si revelasen el contento que su corazón sentia, como revela el cráter en sus encendidas orlas el fuego que alienta en el abismo que oculta.

La elegancia es una cualidad natural, genuina, que no se aprende, que está en el instinto, en los sentimientos de la persona.

Eugenia, que no era hermosa, reunia sin embargo un conjunto tan bello y simpático que desde luego, y sin desearlo, atraia las miradas y fijaba la atencion. La armonía, si nó la perfeccion de sus facciones; la belleza escultural de sus formas; la elegancia, la naturalidad, la distincion de sus maneras; su voz dulce, su sonrisa graciosa, la expresion inteligente de su fisonomía, la daban un encanto que parecia aún mayor entre Julia y sus amigas, á la manera que parecería más bella una rosa, fresca, perfumada, salpicada del rocío del alba, entre un ramillete de flores artificiales, empolvadas y descoloridas.

Poco tiempo hacia que Eugenia estaba allí cuando llegó Lutgardo.

Julia le miró triunfalmente, como saboreando su victoria, y le dejó llegar para presentarle á Eugenia.

Lutgardo, sin apresurarse, dedicando una mirada á los puños de su camisa, detalle importante de su *toilette*, adelantó con aire entre desdeñoso y distraído hácia el lugar en que Julia se hallaba.

—Y ahora, dudará Vd. que le preparaba una sorpresa? preguntó Julia con aire triunfante: la señorita Eugenia de Ochoa, añadió por vía de presentacion.

Eugenia se levantó, segun la culta, la fina, la racional costumbre francesa, que prescribe esa cortesía de buen gusto, admitida ya en los usos de nuestra alta sociedad, y tendió su mano á Lutgardo.

—Conocía ya á esta señorita, dijo Arce, y conozco así mismo su talento.

—¿A mí? Caballero!... Preguntó Eugenia ruborizándose, no sé...

—Nunca he tenido el gusto de hablarla, pero la he visto varias veces...

—De modo, dijo Julia, que no era una sorpresa?...

—Ya le he dicho á Vd. que á mí no me sorprende nada...

—Sí, ya lo veo, murmuró Julia.

Lutgardo entre tanto sentóse al lado de Eugenia.

Era tan simpática su mirada, tan agradable su voz, tan llena de gracia y naturalidad su conversacion, salpicada

de frases vivas, insinuantes, exageradas, que Eugenia comenzó á sentir interés en escucharle.

Recordaba haberle visto algunas veces á lo léjos, recordaba también haber oído su nombre mezclado á alguna aventura galante, y hasta recordaba, al escucharle, que sin darse cuenta de ello le había interesado siempre: sólo olvidaba, pues la memoria tiene, como todo, su luz y su sombra, que Luisa había demostrado hácia Lutgardo el mismo interés.

Es preciso confesar que éste se mostraba para Eugenia más formal, más serio, más digno que lo era generalmente.

Parecía conmovido: no hubiera podido decirse si era admiración ó respeto lo que la jóven le inspiraba, ó ambas cosas á la vez.

Esto, unido á la costumbre que ya tenía de hablar de sí mismo con elogio, hacían creer á Eugenia en una porción de inexactitudes, que debían influir poderosamente en su destino.

—Tengo el gusto de poseer su primera obra, la decía Lutgardo: aquel lindo florero que Vd. vendió á Gonzalez el día que tuve la dicha de conocerla.

—Ah! Vd. tiene aquel cuadro?...

—Ya lo creo! Aunque hubiera tenido que cubrirlo de oro, como dicen los sevillanos que intentan hacer los ingleses con el S. Antonio de Murillo. ¡Cómo no había yo de tener su preciosa obra! Es la mejor de mi galería de pinturas...

—Vd. tiene galería?...

—Me ha costado una fortuna, pero he logrado reunir originales de Rubens, Murillo, Rafael, Velazquez, Fortuny, y sobre todo de Eugenia.

—Ah! caballero, al lado de esos cuadros qué puede parecer el mío?

—Una perla, lo mismo que parece solo! Vd. pinta de un modo admirable; ayer mismo sostenía yo en el Casino que el talento de la mujer tiene más viveza, más espiritualidad que el del hombre y citaba á Vd. como ejemplo...

—A mí?

—A Vd., sí; ¿qué valen las demás mujeres, esas máquinas de cocina y costura que obedecen con precisión siempre al mismo impulso, y que la única variante que admiten es obsequiarnos de vez en cuando con unas lagrimitas?...

—Vd. exagera; hay mujeres que valen mucho.

—Bah!... Que sabe Vd. de eso!... La mujer de talento, la mujer soñada...

—Pero si yo no creo que se necesita talento para la pintura!...

—Qué dice Vd?...

—Lo que siento...

—Bah! Palabras que confirman su modestia! Pues si yo supiera pintar!... Me dejaría cortar la mano derecha por haber hecho un cuadro como el suyo!

—¿Si es tan sencillo!... ¿Por qué no lo intenta?

Un fuerte rumor que se escuchó en un lado de la sala, los convidados que se agruparon hácia allí precipitadamente, y un grito de Julia obligaron á Eugenia y Lutgardo á ponerse de pié para averiguar la causa de aquel inusitado movimiento.

Eugenia, rápida como una flecha, pálida y asustada, se precipitó hácia aquel sitio, donde se veía á Luisa que acababa de desmayarse, y que asemejaba una muerta en su inmovilidad. Sostuvo la cabeza de su hermana sobre su pecho, besó repetidamente su rostro y la llamó con los más dulces nombres.

Luisa continuó inanimada, á pesar de todos los remedios que en tales casos se aplican.

Entre los convidados de Julia había un médico, el cual atribuyó al calor el desvanecimiento de la pobre niña.

Al fin, después de algunos minutos de angustia para Eugenia, y de conmoción para todos, Luisa hizo un movimiento y el doctor se apresuró á darle á beber unas gotas de un cordial.

Una tos violenta acometió á Luisa, y cuando reaccionada por su mismo esfuerzo, llevó á los labios su pañuelo, todos vieron con asombro que la fina batista estaba llena de sangre.

(Continuará.)

PATROCINIO DE BIEDMA.

Correspondencia del CÁDIZ.

D. A. Romero Ortiz.—Madrid.

—Mil y mil gracias, mi distinguido amigo, por la amabilidad con que cumple mis deseos. Será un gran placer para mí el recibir ese artículo que ha de honrar al CÁDIZ, y lo será mayor aún, porque me probará que su salud se ha restablecido. Los importantes papeles que vienen en sobre aparte me complacen muchísimo, y le reitero mi gratitud.

D. N. D. de Benjumea.—Londres.

—Conque dice Vd. con Molière: «la confianza va t'elle

se nicher?...» Y de ha faltado poco para llamar *traidora* á la encantadora viudita?... Las gentes de letras no servimos para guardar un secreto, tanto más expuesto á la publicidad si él honra tanto como sus frases á mí. Sería un egoísmo imperdonable guardar para mí sola su promesa de escribir *mucho* para el CÁDIZ, y en uso de la *autoocracia* que Vd. me reconoce, tengo el *derecho*, de participar á mis lectores tan grata nueva. Espero *todos* los trabajos que me ofrece; le doy mil y mil gracias por las molestias que se toma en mi obsequio y escribo á Londres la carta en inglés de que me habla.

He rebibido el precioso artículo sobre el asunto que le indiqué. Muchísimas gracias.

D. J. Cencillo.—Madrid.

—Mucho le agradezco su amable carta, las poesías que la acompañan, que acepto con el mayor gusto, y la colaboración que me ofrece para el CÁDIZ que desde luego queda admitida. No he recibido esos trabajos suyos que me dice; acaso hayan sufrido extravío en correos.

D. A. Borrego.—Madrid.

—Sus escritos inspiran tanto interés que á través del incógnito se hubiese adivinado al autor. Muchísimas gracias por el que honra este número del CÁDIZ.

D.ª C. de Reus.—Madrid.

—Mucho le agradezco sus amables frases, mi querida amiga; queda avisada la suscripción y tengo el gusto de ofrecerle con ésta su nueva casa, mi antiguo y consecuente cariño.

D.ª Virginia Auber.—Madrid.

—Doy á Vd. mil gracias por su interesante carta y amabilísimos ofrecimientos, que aprecio en cuanto valen.

En efecto, el CÁDIZ sólo publica trabajos inéditos, excepción hecha de los del primero de nuestros escritores Sr. Hartzenbusch, y aprecio mucho que, como me dice, escriba expresamente para él lo que me envíe.

La honra será mía al ver en mi revista su distinguido nombre, así como lo es en aceptar las simpatías que me ofrece, á las que correspondo con mis mejores sentimientos de amistad y consideración.

D. B. Soriano y Arellano.—Baeza.

—Quedan servidas las tres suscripciones que me avisas, por cuya atención te doy las gracias; tu cariño me juzga y por eso no protejo de tus elogios. Dí de mi parte á las *Tres Gracias* que te impedian escribir, que ya que ellas olvidan, ó lo parece al menos, que espero sus cartas, no priven á los demás de manifestarme su afecto. A M. G. Rentero que tendrá mucho gusto en recibir sus poesías.

D. M. Ghirlanda.—Santa Cruz de Tenerife.

—Escribiré por el correo: mil gracias por todo. Siento que por un error no haya recibido los primeros números del CÁDIZ: ya estarán en su poder.

General D. F. de Quadros.—Madrid.—Real palacio.

—Mil gracias, mi querido tío, por sus amables elogios que tanto valen para mí; su enhorabuena me enorgullece. tanto más, cuanto según me dice, la envía, más que á la sobrina, á «la ilustre dama de la provincia que le vió nacer.» Se le enviarán los números que le faltan del CÁDIZ.

D. U. R. Quiñones.—Madrid.

—Gracias por su libro y por sus amables frases. Cuento con su ilustrada colaboración para mi revista. El administrador le contestará respecto á sus proposiciones.

D.ª A. Galindo.—Baeza.

—Gracias por sus elogios y poesías.

D. P. Zúñiga.—Madrid.

—Se le remitirá el CÁDIZ á Villacarrillo, como me indica. Muchas gracias, amigo mío, por su amabilidad en complacerme, y por la suscripción que ya he avisado.

D. A. Harmsen, Cónsul de Dinamarca.—Alicante.

—¿Qué dicha que le haya parecido demasiado *larga* la primera poesía, y envíe otras más breves!... Como son todas bellísimas, irán viendo la luz en el CÁDIZ que sabe Vd. las esperaba con impaciencia, y las recibe con placer. No sólo he pasado por ellas mis ojos sino que las he leído repetidas veces, y las guardaré con aprecio, como merecen.

He recibido la libranza de 100 rs., importe de la suscripción de Vd. por un año; según sus indicaciones, que aprecio en su valor, se admitirá por el corresponsal que me dice, el pago de suscripciones en esa ciudad. Mil gracias por todo.

D.ª J. P. de Collado.—Barcelona.

—Queda servida la suscripción que avisa, desde el número primero del CÁDIZ, cuyo importe recibí en sellos. No sé cómo darle gracias por el interés que demuestra á favor de mi publicación.

D.ª M. de Torre-Pando.—Madrid.

—Te ha sido remitido el número 6, que se extraviaría en correos. Te escribiré y escribiré al Escorial tan pronto como tenga tiempo. Entre tanto mil gracias por todo.

D. J. Vila y Blanco.—Alicante.

—He agradecido mucho, mi querido amigo, la poesía que me remite: en efecto, publico las más breves por dar en cada número de varios autores, pero eso no me priva-

rá del placer de publicar la suya. A Joaquina que no olvide su promesa, y Vd. recuerde también el mucho afecto que le profeso, y el agrado con que recibo sus noticias.

D.ª J. Fernandez.—Cádiz.

—Me honra Vd., señora, queriendo confiarme la dirección de su proyecto, que encuentro muy digno de apoyo, pero no creo que el mío sea suficiente, no siendo hija de Cádiz, por más que me honre con la amistad de sus hijos. Cuento sin embargo, con mi buena voluntad, ya que cree encontrar en mi «talento, posición y prestigio» para llevarla á cabo, con ilustración y virtudes particulares.

Estas dotes que su bondad de Vd. supone en mí, aunque existieran, no creo que nos diesen el triunfo, pero de todos modos le repito que cuente conmigo.

D. T. C.—Cádiz.

—Gracias por la bellísima poesía, á la cual contesto: considere el CÁDIZ como suyo.

D.ª A. Justiniano.—Sevilla.

—Recibo su amable y original aviso de suscripción. (1) Queda servida, y acepto con gusto la amistad que me ofrece.

D. J. J. Parra.—Baeza.

—Queda Vd. suscrito, como permanente, según desea.

Mil gracias por sus elogios y poesías.

D. A. Valls y Alvarez.—Cádiz.

—Mil gracias por el original que me envía, que aprecio mucho.

D. P. S. Autran.—Ciudad-Real.

—Agradezco infinito el libro que me envía y las galantes frases que me dirige: le diré mi opinión en el CÁDIZ: se le remitirá éste; envíe el *Correo*, y si gusta honrar mi revista con su colaboración, tendré en ello mucho placer.

D. M. Jorrito Paniagua.—Madrid.

—Acepto con gratitud su espontáneo ofrecimiento de amistad, que tiene un gran valor para mí. Con mucho gusto leo *El Cascabel*, así como los preciosos libritos que me envía, que anunciaré en la sección bibliográfica.

Mi firma no es envidiable, como Vd. con tanta amabilidad dice, pero ya que lo desea, será para mí un placer enviarle alguna poesía para su bien escrito periódico. Lo mismo le ruego para el mío que ha de honrarse con su colaboración.

D. P. M. Sagasta.—Madrid.

—Miles de gracias por tanta bondad. Perfectísimamente, y según mis deseos: su carta me honra de tal modo, que me llenaría de orgullo si no comprendiese que más que merecimiento mío, es benevolencia suya lo que demuestra.

D. S. Arambilet.—Madrid.

—Acepto con muchísimo gusto la colaboración que me ofrece y le ruego me dispense si no doy su leyenda, que me gusta mucho, porque el CÁDIZ sólo publica trabajos inéditos. Espero algún otro.

D. J. F. Sanmartín y Aguirre.—Valencia.

—Mil gracias por los originales, los libros, y el retrato que aprecio mucho, así como por sus galantes frases. Le contesté en el CÁDIZ; son tantas mis ocupaciones que no pude escribirle. Aceptaría con mucho gusto el dar en mi revista, según me propone, literatura valenciana, catalana y vascuense, pero por hoy no puedo ampliarla, y del espacio que tiene no debo mermarle nada. Además, en Andalucía esos dialectos son desconocidos, y no se estudian como los idiomas extranjeros. Admito el cambio con *El Bon Sol*, y con muchísimo gusto mío queda aceptada la colaboración de D. Constantino Llambart. Mi retrato no puedo enviarlo por no tener hoy ninguno; quedo en la obligación de remitirlo cuando tenga, agradeciendo esos deseos que me honran.

D. J. T. Salvany.—Barcelona.

—Queda avisado donde hay que remitirle el CÁDIZ durante estos dos meses de Estío, y lo mismo á J. de Asensi. Mil gracias por sus elogios y promesa de originales.

Sra. Condesa V. de Torrejon.—Madrid.

—Mucho agradezco, señora, sus frases de afecto y simpatía que aprecio en su gran valor. Siento muy de veras el mal estado de salud de su hijo, y deseo alcance un completo restablecimiento, reiterándole mi amistad y consideración, y quedando siempre á sus órdenes como una verdadera amiga.

D. A. de Paz.—Madrid.

—Mil gracias por los originales y su amable felicitación: quiero elevar la literatura de provincias dándole vida propia, pero de ningún modo quitar valor á la de Madrid, centro, como Vd. dice muy bien, generoso para todos los que le buscamos.

D. F. Gonzalez del Hoyo.—Almería.

—Mil y mil gracias por su amable carta y sobre todo por sus bellísimos originales que acepto y publicaré con mucho gusto. El medio más fácil de enviar el importe de suscripción es en libranzas del Giro Mútuo á mi orden, ó á la del Administrador del CÁDIZ.

(1) En el lugar correspondiente encontrarán nuestros lectores el soneto á que se alude.

D. G. Blanco.—Barcelona.

—Acepto con inmenso placer la colaboración que me ofrece, con la cual se honra el CÁDIZ, y con gratitud su amistad, que igualmente me honra á mí.

Ya que tanto valor dá á un autógrafo mio, y ya que de tal modo estima mi firma en el distinguido periódico que dirige, le enviaré un escrito, no sólo autógrafo, sino inédito y dedicado á *El pájaro pinto*, con el cual acepto el cambio.

Muchas gracias por sus palabras de afecto y consideración.

D.ª J. Hernandez.—Madrid.

Es imposible, señora, que yo pueda contestar á todas las cartas que recibo, tanto más si sólo tratan de cuestiones administrativas ajenas á la dirección. Por eso no he contestado á la suya, que agradezco mucho, y como esta *correspondencia* es puramente literaria, he aquí por qué no vió su nombre.

Ruego á Vd., y á todos los suscritores, que para reclamar números, anunciar cambios de domicilio ó avisar alguna suscripción, se dirijan al Administrador del CÁDIZ.

P. DE B.

NOTICIAS.

Con gran contentamiento del público se ha prolongado por diez funciones más el abono que tenía en el teatro *Principal* la compañía que dirige el Sr. Mata, que tantas ovaciones alcanza de este inteligente público. Para el beneficio del Sr. Mata se puso en escena la *Carcajada*, siendo admirable el desempeño de su difícil papel por el beneficiado, el cual fué llamado repetidas veces á la escena, y recibió una elegante corona.

El drama del Sr. Echegaray *La esposa del vengador* obtuvo también un gran éxito, como asimismo el de Zorrilla, que no por ser muy conocido gusta ménos, *Don Juan Tenorio*, puesto en escena para complacer á una selecta parte del público, que así lo deseaba. Nuestra Directora, que había tenido ocasión de hablar del talento con que el Sr. Mata interpreta el caballeresco y popular tipo de *Don Juan*, en una revista que publicó en *La Prensa Gaditana* indicando su deseo de verlo aquí representado, dá la más cordial enhorabuena al distinguido actor por haberle dejado admirar una vez más ese notable tipo, que pocos actores pueden vanagloriarse de haber creado como el Sr. Mata, en su verdadero carácter.

También felicitamos á la Sra. Liron, tan aplaudida como merece por su inteligencia y buen gusto, y á toda esta notable compañía por los triunfos que obtiene.

Damos las más expresivas gracias al *Amigo de Cartagena*, por las entusiastas frases de elogio que consagra á nuestra Directora, al reproducir uno de sus artículos publicados en el CÁDIZ.

Devolvemos con mucho gusto la visita á todos los periódicos que en esta última decena nos han favorecido, agradeciéndoles su atención.

El CÁDIZ en su primer número pidió á 25 publicaciones el cambio, incluyendo en ellas unas 12 que recibía, por galantería de sus directores ó propietarios, ó bien por colaborar en ellos nuestra Directora: hoy tenemos más de 90, y repetimos que los aceptamos con mucho gusto, pues ellos son una prueba de la bondad con que el público acoge nuestra revista.

Con verdadero sentimiento anunciamos á nuestros lectores que ha sido admitida la dimisión de su cargo al dignísimo Gobernador de esta provincia D. Leandro Perez Cossío.

Honrado, inteligente, activo y justo, deja un vacío difícil de llenar, y por mucho tiempo recordará Cádiz su autoridad á un tiempo suave y firme, y su actitud conciliadora y digna en todos los casos.

La prensa toda le ha significado sus simpatías y nosotros, que nos honramos con su amistad, le enviamos una débil muestra de afecto y consideración, consignando, como lo hacemos, el disgusto que nos causa una separación tan inesperada.

Muchos suscritores nos preguntan el medio de satisfacer el importe de suscripción: el mejor es dirigir libranza de fácil cobro ó sellos de correo á esta Administración.

La Academia que cambia de empresa y aparecerá en Barcelona, promete ser en su segunda época una publicación tan notable como lo ha sido en la primera: le deseamos mil felicidades, y nos alegramos de que salga en la rica provincia catalana tan importante revista.

Han terminado los conciertos que bajo la dirección del Sr. Vazquez, se han dado en el *Gran Teatro*, y que tan complacidos han dejado á los espectadores.

Ha fallecido en Cádiz la Sra. D.ª Ana de Herrera Dávila de Castro, esposa de nuestro distinguido amigo y colaborador D. Adolfo de Castro. Modelo de virtudes la finada, ha sido profundamente sentida en la sociedad gaditana.

Enviamos el más sentido pesame á su familia.

ANUNCIOS.

Los establecimientos de baños, comercio, cafés etc., que se suscriban al CÁDIZ, tendrán derecho á un anuncio, que no exceda de diez líneas, que se publicará gratis en los tres números que correspondan al mes que indique. La suscripción, para tener este derecho, será lo ménos de un trimestre.

NUEVA EDICION DE EL QUIJOTE.

La correcta y esmerada edición de

EL QUIJOTE

que ha hecho en Cádiz D. José Rodríguez y Rodríguez, bajo la dirección del Sr. D. Ramon Leon Mainez, puede adquirirse dirigiéndose al editor, tipografía La Mercantil, Sacramento 39, Cádiz, ó á las principales librerías de España y de extranjero.

La obra consta de 3 tomos: 4 contienen el texto puro y exacto de la magnífica producción de Cervantes, y el otro tomo, de más de 400 páginas, ofrece la más completa

VIDA

de aquel insigne escritor que se ha publicado hasta ahora, original de D. Ramon Leon Mainez, director de la *Crónica de los Cervantistas*. Los cuatro tomos que contienen el texto de *El Quijote*, llevan muchas notas y comentarios del citado escritor.

Los cinco tomos cuestan 40 rs., teniendo derecho el suscriptor á que su nombre figure en la adición á la lista que llevará el último tomo.

CUENTOS DE SALON.

Se ha publicado el tomo segundo de la nueva serie, con una colección de

FÁBULAS EN ACCION.

CUADRITOS DRAMÁTICOS EN VERSO

POR

TEODORO GUERRERO.

Se vende á 7 rs. en la librería de Morillas.

Están de venta las siguientes novelas de Guerrero, publicadas en la Primera serie: *Una perla en el fango*, un tomo.—*El Vello de oro y Fea y pobre*, un tomo.—*La manzana de la discordia* y *El Sueño de la felicidad*, un tomo.—*La nube negra*, un tomo.—*Madrid por dentro*, dos tomos.—*Anatomía del corazón*, dos tomos.—Tomando la colección, se dá en 32 rs.—En la segunda serie, *Las trece noches de Carmen*, 5 rs.

Se ha publicado la segunda edición del libro satírico y humorístico de Guerrero, *LAS LLAVES*, 10 rs.

Pedidos al Administrador de los *Cuentos de salon*, calle de Claudio Coello, 43, en Madrid, remitiendo el importe.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados extensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresión muy compacta, pero clara, se halla de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hace una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideración.

OBRAS DE LA SEÑORA DOÑA PATROCINIO DE BIEDMA.

En Cádiz librería de Morillas, San Francisco 36; Revista Médica, plaza de San Agustín, 4 y 5: en Madrid en las principales librerías.

CÁDIZ: 1877

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ
Sacramento 39 y Bulas 8.

COLABORADORES.

Auber, D.ª Virginia Felicia, Madrid.
Asensi, D.ª Julia, Madrid.
Calé de Quintero, D.ª Emilia, Lugo.
Díaz de Lamarque, D.ª Antonia, Sevilla.
Grassi, D.ª Angela, Madrid.
Gimeno, D.ª María de la Concepción, Madrid.
Graciella, M. drid.
Lujan, D.ª Elisa, Madrid.
María de la Peña, Madrid.
Ormaeche, D.ª Ermelinda, Bilbao.
Pujol de Collado, D.ª Josefa, Barcelona.
Rattazzi, Madame, París.
Sinués, D.ª María del Pilar, Madrid.
Troncoso, D.ª Matilde, Habana.
Ablanado, D. Epifanio, Bilbao.
Albareda, D. José Luis, Madrid.
Almenas, Conde de las, Madrid.
Alvarez Jimenez, D. Antonio, Cadiz.
Asensio, D. José María, Sevilla.
Asquerino, D. Eduardo, Madrid.
Autran, D. Guillermo, Chiclana.
Alvarez, D. Miguel de los Santos, Madrid.
Alcalá Galiano, D. José, Madrid.
Alarcon, D. Pedro A., Madrid.
Arambille, D. San iago, Madrid.
Balaguer, D. Victor, Madrid.
Borrego, D. Andrés, Madrid.
Bárgos, D. Javier, Cádiz.

Blanco, D. Gerardo, Barcelona.
Baron de Cortes, Madrid.
Castelar, D. Emilio, Madrid.
Cánovas, D. Antonio, Madrid.
Castro, D. Adolfo, Cádiz.
Campoamor, D. Ramon, Madrid.
Corradi, D. Blas de L., Alicante.
Cerdá, D. Manuel, Valencia.
Cueto, Marqués de Valmar, D. L. A., Madrid.
Cencillo, L. Jesus, Madrid.
Chica, D. Angel de la, Jaen.
De Gabriel, D. Fernando, Sevilla.
Doctor Thebussem, Tanger.
Dieckrs, Gus avo, Dresden (Alemania.)
Díaz de la Quintana, D. Alberto, Madrid.
Díaz de Benjumea, D. Nicolás, Londres.
Echegaray, D. José, Madrid.
Fabraquer, Conde de, Madrid.
Flores Arenas, D. Francisco, Cadiz.
Flores, D. Gerónimo, Cádiz.
Frontaura, D. Carlos, Salamanca.
Flaquer, D. Francisco de P., Barcelona.
Ginard de la Rosa, D. Rafael, Madrid.
Gomez Colon, D. José M., Cádiz.
Guerrero, D. Teodoro, Madrid.
García Caballero, D. Federico, Sevilla.
Gonzalez del Hoyo, D. Francisco, Almería.
Govantes de Lamadrid, D. Javier, Madrid.

Hartzenbusch, D. Juan Eugenio, Madrid.
Herran, D. Fermin, Vitoria.
Harmsen, D. Alejandro, Alicante.
Hidalgo, D. Santiago, Cádiz.
Leon y Castillo, D. Fernando, Madrid.
Jorreto y Paniagua, D. Manuel, Madrid.
Llambart, D. Constantino, Valencia.
Leon Mainez, D. Ramon, Cádiz.
Lamarque y Novoa, D. José, Sevilla.
Miró, D. Juan, Jerez.
Martin Barbadillo, D. Manuel, Cádiz.
Milans del Bosch, el General, Madrid.
Moreno Espinosa, D. Alfonso, Cádiz.
Moya y Jimenez, D. Luis, Madrid.
Mendoza, D. J. R. de, Barcelona.
Moreno Castelló, D. José, Jaen.
Monte, D. Evelio del, Barcelona.
Navarrete, D. José, Rota.
Osorio y Bernard, D. Manuel, Madrid.
Offerrail, D. Javier, Cádiz.
Pongilioni, D. Aristides, Cádiz.
Pacheco, D. Francisco de Asis, Madrid.
Parreño, D. Federico, Cádiz.
Portela, D. Juan, Cádiz.
Piñal, D. Federico, Sevilla.
Paz, D. Abdon de, Madrid.
Parra, D. José Jurado, Baeza.
Pando y Valle, D. Jesus, Oviedo.

Quiñones, D. Ubaldo R., Madrid.
Rodruejo, D. Jorge, Cádiz.
Rodriguez Arroquia, D. Angel, Madrid.
Rodriguez Suarez, D. Manuel, Cádiz.
Ruiz Jimenez, D. Joaquin, Jaen.
Revilla, D. Manuel, Madrid.
Sañudo Autran, D. Pedro, Ciudad Real.
Romero Ortiz, D. Antonio, Madrid.
Salvany, D. Juan T., Madrid.
San Martin y Aguirre, D. José, Valencia.
Steenackers, Mr. F. F., Lisboa.
San Miguel de la Vega, Marqués de, Barcel.ª
Sepúlveda, D. Ricardo, Madrid.
Sagasta, D. Práxedes M., Madrid.
Sedano, D. Carlos, Madrid.
Sedano, D. Alberto, Madrid.
T. C., Cádiz.
Trueba, D. Antonio, Bilbao.
Vidart, D. Luis, Madrid.
Vieyra de Abreu, D. Carlos, Madrid.
Vila y Blanco, D. Juan, Alicante.
Vilar y García, D. Casto, Sevilla.
Valls y Alvarez, D. Antonio, Cádiz.
Valera, D. Juan, Madrid.
Valero de Tornos, D. Juah, Madrid.
Zarandona, D. Florentino de, Alicante.
Cádiz.